

# **Confrontaciones y luchas en la Argentina reciente: menemismo y kirchnerismo como estrategias de dominación (1990-2011).**

Gustavo Antón, Fernando Grenno y Julieta Romero.

Cita:

Gustavo Antón, Fernando Grenno y Julieta Romero (2013). *Confrontaciones y luchas en la Argentina reciente: menemismo y kirchnerismo como estrategias de dominación (1990-2011)*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/437>

## **X Jornadas de sociología de la UBA.**

*20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013.*

**Mesa:** N° 40, “La década kirchnerista: mutaciones de la política en la Argentina contemporánea”

**Título:** *Confrontaciones y luchas en la Argentina reciente: menemismo y kirchnerismo como estrategias de dominación (1990-2011).*

### **Autores:**

*Antón, Gustavo.* Doctor en Ciencias Sociales, Licenciado en Sociología, becario posdoctoral CONICET. IIGG, FSoc, UBA.

*Grenno, Fernando.* Licenciado en Ciencia Política, FSoc, UBA.

*Romero, Julieta.* Licenciada en Sociología, FSoc, UBA.

## **Confrontaciones y luchas en la Argentina reciente: *menemismo* y *kirchnerismo* como estrategias de dominación (1990-2011).**

Gustavo Antón<sup>\*</sup>, Fernando Grenno<sup>†</sup> y Julieta Romero<sup>‡</sup>

Este trabajo compara dos coyunturas en tanto dos estrategias de dominación en la Argentina reciente desde la perspectiva de las confrontaciones y las luchas sociopolíticas. Centra la atención en los hechos más destacados de una y otra circunstancia histórica, considerando los momentos de transición, las rupturas y las transformaciones más importantes entre situaciones históricas que marcan épocas del desarrollo del capitalismo en el país y su inserción en el mercado mundial y en la escena política internacional. Las continuidades entre uno y otro momento han sido deliberadamente dejadas de lado ya que su análisis obligaría a un trabajo más extenso. Desde la perspectiva asumida, *menemismo* y *kirchnerismo* no aluden simplemente a personalidades históricas sino a procesos sociales de confrontación y construcción de hegemonía política conformadas por fuerzas sociales en pugna. La originalidad histórica de la coyuntura política desencadenada hacia 2003 se resalta como continuidad de las revoluciones burguesas del siglo XX.

### **Introducción**

El estudio de la historia reciente conlleva grandes dificultades metodológicas (Franco 2007). El ejercicio de reflexión que aquí se presenta transita esas dificultades.

El comúnmente denominado “menemismo” puede considerarse un momento histórico, una coyuntura que no se reduce a los mandatos consecutivos de Carlos Menem (1989-1999). Representa una particular estrategia de dominación neoliberal, una estrategia de poder inaugurada durante la dictadura cívico-militar (1976-1982). Existe acuerdo con la idea de que durante los gobiernos de Menem se profundizan las políticas económicas de la dictadura y se revitalizan tendencias históricas subyacentes: Menem da vida al ideario neoliberal para la dominación. En este sentido, no inaugura una época sino que la continúa por otros medios: democráticamente. Proponemos pensar que el tiempo que inaugura Kirchner en 2003 representa una estrategia de poder en muchos puntos opuesta a la implementada durante los noventa como continuidad de la inaugurada por la dictadura cívico-militar. El “kirchnerismo” es expresión de una nueva coyuntura política, una nueva relación de fuerza entre las clases fundamentales de la sociedad argentina.

En algún sentido, hablar de “menemismo” como de “kirchnerismo”, oculta, tergiversa. Porque personifica en los sujetos procesos sociales que trascienden la voluntad individual de un presidente. No es fácil evadir esta forma de nombrar y pensar los procesos políticos, tan arraigada en el periodismo como en las opiniones públicas. Aquí se usarán las comillas para recordar esta salvedad. Son momentos que atraviesa una sociedad, difíciles de evaluar en lo inmediato. El largo plazo nos

---

<sup>\*</sup> Doctor en Ciencias Sociales, Licenciado en Sociología, becario posdoctoral CONICET. IIGG, FSoc, UBA.

<sup>†</sup> Licenciado en Ciencia Política, FSoc, UBA.

<sup>‡</sup> Licenciada en Sociología, FSoc, UBA.

ofrecerá otra perspectiva, es cierto, pero aquella se alimentará indefectiblemente de los textos y documentos que se elaboren en el presente.

Comparar en tan poco espacio dos períodos complejos y cercanos entre sí, contradictorios y disímiles, tan abruptos como vertiginosos, no deja espacio suficiente para matices. Un ejercicio de análisis comparativo entre dos coyunturas implica la sobresimplificación de muchos aspectos. Pero no por ello deja de ser útil como introducción a las relaciones fundamentales entre Sociedad y Estado, entre gobierno y clases o fracciones de clase.

Este ejercicio de reflexión pretende describir en trazos gruesos estas dos coyunturas de la historia argentina reciente que se debaten en la actualidad con vivacidad creciente. Esperamos que el recuerdo y la mención de algunas de las situaciones que se vivieron, de los profundos cambios ocurridos, resulten estimulantes para profundizar el estudio de la coyuntura actual en la Argentina para en sucesivos trabajos matizar las afirmaciones, indagar subperíodos, jerarquizar los hechos. Como ejercicio de reflexión se busca más plantear preguntas y despertar la curiosidad que proponer respuestas y clausurar un debate rico y abierto. ¿Se puede pensar que la coyuntura actual expresa el posneoliberalismo? ¿Habrà lugar en la sociedad argentina para nuevas formas de “liberalismo”? ¿Estamos retornando a la lógica de articulación social del Estado benefactor sustentando en la industrialización por sustitución de importaciones? Las clases populares en particular y la sociedad en su conjunto, ¿han transformado su capacidad de tolerancia a los programas neoliberales?

### **Primera coyuntura: “Menemismo” o el *establishment* contra la sociedad.**

Consideramos que la estrategia de poder neoliberal desarrollada durante el “menemismo” por el *establishment*<sup>§</sup> se extiende con marchas y contramarchas hasta 2001 (se incluyen los dos años de gobierno de la Alianza UCR-FREPASO de Fernando De la Rúa). Dejamos de lado el análisis del gobierno de transición de Eduardo Duhalde (2002-2003) y no nos detendremos sobre la crisis institucional y el traspaso del poder de un sector de la clase política a otro ocurrido durante los últimos días de diciembre de 2001.

Las transformaciones políticas, sociales y económicas ocurridas durante los gobiernos de Menem han sido ampliamente estudiadas (Basualdo 2001). Podríamos detenernos –una vez más– en las políticas económicas que permitieron la privatización de empresas públicas, la extranjerización de la economía y la concentración de capitales, la pérdida de empleos y el consecuente incremento de la desocupación y la subocupación, la desregulación financiera y las inversiones

---

<sup>§</sup> Se entiende por *establishment* un grupo social de presión, con fuertes intereses económicos, principalmente en el sector financiero, y que ejerciendo su poder e influencia establece acuerdos políticos como medio para la reproducción ampliada del capital, con gran capacidad para tomar decisiones sobre inversión/desinversión, préstamos, concentración y “fuga” de capitales. En términos cuantitativos se trata de un grupo muy reducido pero con gran capacidad de influir sobre el poder político. Sus cuadros y *think tanks* llegan a ser altos ejecutivos de finanzas, formados en escuelas de economía de Europa y los Estados Unidos, que acceden a lugares clave de poder como Ministerios de Economía, bancos centrales, directorios de entidades financieras, grandes empresas, grupos económicos y corporaciones. El *lobby* o *cabildeo*, las operaciones de prensa tendientes a atemorizar a la población sobre medidas económicas y las operaciones políticas son sus más importantes instrumentos de lucha para hacer prevalecer sus intereses por sobre los de otros actores sociales. Personifican al capital financiero internacional.

especulativas (Basualdo y Azpiazu 2002). Existe consenso sobre que la paridad del peso con el dólar establecido por la Ley de Convertibilidad fue el pilar que sostuvo la construcción de una Argentina de cara a los organismos de crédito y el mercado financiero internacional. Mostrada hacia la sociedad como la fórmula que permitiría combatir todos los problemas económicos –principalmente el de la hiperinflación que había empobrecido y disciplinado al conjunto de la sociedad en 1989 (Ortiz 1989)– se constituyó en una verdadera trampa para amplios sectores populares. El gobierno congeló el valor del dólar en una paridad realmente inexistente, resignó su política cambiaria y se entregó felizmente al capital financiero internacional.

El neoliberalismo, sus ideas-fuerza –la desigualdad como un valor positivo, la concepción de “gasto social”, la búsqueda de “minimizar el Estado”– resumen una forma de comprender la relación entre sociedad y mercado, entre poder político y poder económico. El lenguaje, las palabras utilizadas por sus ideólogos, expresa una cultura política en acción, indulgente con los poderosos, implacable con los débiles. Este “movimiento inconcluso” (Anderson 2001) logró profundos niveles de efectividad durante un gobierno peronista en un contexto nacional atravesado por un doble trauma (dictadura–hiperinflación y crisis de la deuda externa) que desarticuló un movimiento obrero compacto y combativo. En el plano internacional, el derrumbe del muro de Berlín, el “fin de las ideologías”, el “fin de la historia” y el “fin del trabajo” terminaron por apuntalar la hegemonía neoliberal en el ámbito local.

El “menemismo” puede considerarse entonces un modo particular de expresarse una cultura política neoliberal que logró articular los intereses económicos del *establishment*, con la voluntad de poder de un *pejotismo burocrático* y un consenso silencioso de la mayoría de la sociedad civil (que si bien reconoce en el peronismo una tradición política de “justicia social”, trabajo y compromiso entre clases en el contexto mencionado demostró una gran tolerancia a las reformas propuestas desde el gobierno). Las consecuencias sociales y culturales del programa neoliberal diseñado en la cúspide del poder contra la sociedad fueron devastadoras.

El *establishment* reconfiguró la sociedad argentina profundizando los grados de desigualdad y empobrecimiento. Transformó al obrero social global, modificó su fisonomía, su estructura, las relaciones mutuas entre las clases trabajadoras. Estableció distancias profundas entre quienes podían acceder al mercado de trabajo y quienes no. Las clases populares –heterogéneas y diversas– asumieron dos formas antagónicas y polares. La distancia entre quienes tenían trabajo permanente y protegido y los precarizados o directamente desempleados se acrecentó. Unos luchaban por sostener el privilegio de poder vender su fuerza de trabajo en un contexto de crecimiento económico y destrucción de empleo primero y de profunda recesión luego; los otros, directamente por sobrevivir.

Los trabajadores en su conjunto perdieron la unidad y homogeneidad que habían podido construir en el pasado. Ya habían sufrido el más terrible golpe cuando las fuerzas armadas tomaron el poder en 1976. Pero fue durante los noventa que se desarticulaban y desintegraron aún más profundamente. Mientras buena parte de los sindicatos pactaron con el “menemismo” y lo sostuvieron, los desempleados llegaron a conformar un impresionante e inédito movimiento de organizaciones territoriales, barriales, de desocupados, de clases medias empobrecidas, de jubilados, de marginados. Eran los “sin nada”. Su presencia en las rutas reclamando alimentos para sobrevivir y trabajo “para recuperar la dignidad” se transformó de pronto en la Argentina que el poder se negaba a considerar. Eran las víctimas de un modelo de

sociedad excluyente que estaba reconfigurando la estructura económica del país para un tercio de su población (Svampa 2005) a la vez que establecía las bases de una “república fraudulenta” (Marín 2001).

Desde el poder, mientras se implementaban medidas drásticas y antipopulares – profundizando la disgregación, la fractura y la polarización social–, se argumentaba que era necesario e inevitable profundizar las transformaciones. Si las políticas fracasaban se debía a que habían sido insuficientes las medidas. Había que profundizar los cambios y esperar el derrame de inversiones, preparar el terreno y la seguridad jurídica para las inversiones extranjeras directas. Sin embargo, el tan anunciado derrame parecía que nunca sucedería. Los ajustes servían para que los capitales abandonaran el mercado especulativo local y se fugaran. Mientras más se empantanaba la Argentina en los circuitos financieros internacionales, más se vaciaba de relaciones sociales capitalistas, sostén del mercado local de trabajo. El modelo de acumulación financiera desangró al país (Basualdo 2001).

En el plano cultural los noventa pueden representarse como una catástrofe. Las transformaciones no han sido todavía del todo estudiadas. El proyecto neoliberal no giraba en torno a la construcción de una esperanza colectiva movilizadora sino en torno a una ilusión individualizante: el inmediato enriquecimiento personal. Se alimentó así la celebración del triunfo individual por sobre el fracaso colectivo: el modelo era el *self-made-man*. Los principios de solidaridad y justicia se desdibujaron como política de Estado para renacer como política autónoma de los excluidos. Gobernantes y funcionarios mostraron todo lo individualistas e insensibles que pueden ser frente a los desposeídos; los empresarios obtuvieron tasas de ganancia impensadas y se enriquecieron a costa de otros empresarios y del resto de la sociedad.

Pronto comenzó a hablarse de “fiesta menemista”. El lujo, el despilfarro, los viajes al exterior de la clase media acomodada, el agua mineral importada de Francia, la proliferación de lujosos barrios privados, Punta del Este, *free shops*, los fines de semana en Miami. Era una sociedad a dos tiempos, el modelo de *Belindia* (Borón 2001): el lujo de Bélgica y las miserias de la India. La fiesta era una corrupción generalizada a todos los niveles del gobierno estatal, en connivencia con sectores empresariales, la banca, el *establishment*, la clase política y una fracción de la ciudadanía que esperaba ansiosa mostrarse por televisión o ser retratada en los semanarios *Caras* y *Gente* (¿Órganos culturales del “menemismo”?). Fracciones sociales que habían pactado moralmente con el pasado y la dictadura, que pretendían el olvido y el perdón antes que la memoria y la justicia. Era la continuidad en democracia de una moral genocida. Las Madres de Plaza de Mayo comenzaron a conceptualizar la situación como un “genocidio económico”.

Durante los noventa se fue delineando también un *modus vivendi* particular de las clases acomodadas, definido entre otras cosas por un particular estilo arquitectónico ampuloso, pautas de consumo, comportamiento y vestimenta, formas del decir y del pensar. El desparpajo y la desvergüenza de los poderosos fueron alimentando un odio latente, pronto a estallar, contra la política en general y contra los políticos y la clase política en particular. Quizás, uno de los cambios culturales más fundamentales durante la época fue la creciente desmovilización y despolitización de la sociedad en su conjunto y la profunda apatía en que cayeron amplios sectores de las clases medias.

Tanto en el plano político como en el cultural, durante aquellos años se operó una

clausura, un cerramiento del debate acerca de lo que estaba sucediendo. La agenda política fue vaciada y entregada a los técnicos, las discusiones parlamentarias soslayadas por el arma del decreto presidencial. Para todo parecía existir una única solución y una serie de respuestas preconcebidas. La violencia del pensamiento único se combinó con el consentimiento sobre la ilusión de la convertibilidad y la supuesta inevitabilidad de la globalización. Se operó una derechización del clima ideológico y político, una exaltación del mercado y una satanización del Estado. La deuda externa había que pagarla sin debatir ni negociar: solamente se la podía honrar. Los recortes presupuestarios y los ajustes había que aceptarlos como soluciones tan dolorosas como imprescindibles. La subordinación ideológica y cultural aplastó otras miradas y otras voces, críticas del momento, reforzando el autoritarismo político y reduciendo la democracia a un método de gobierno, a un “gobierno de los políticos” (Nun 2000).

La otra Argentina, la subterránea, la que aparecía en la prensa y en la televisión estigmatizada, los empobrecidos, los dejados de lado, no solo eran lo que eran, sino que también se los señalaba como culpables y únicos responsables de una situación que no habían creado y que se le imponía del mismo modo que se nos impone la ley de gravedad cuando nuestra casa se derrumba. El odio y la bronca se fueron organizando. Poco a poco los excluidos comenzaron a conformar un principio de organización para la resistencia y la sobrevivencia. Entre otras cosas, muchos barrios se organizaron autónomamente con el propósito de conseguir una copa de leche para los más empobrecidos. Las clases populares fueron redescubriendo y recuperando un saber-hacer organizativo, autónomo, de confrontación a los gobiernos municipales, provinciales y nacional, de movilización y lucha en las calles, de desarrollo de nuevas prácticas organizativas, de redescubrirse humanos.

En definitiva, Menem encabezó el desarrollo de una estrategia neoliberal para desmantelar el herido Estado de bienestar pero a la vez sembró el terreno para el fracaso de la democracia y el avance del autoritarismo. Para ello fue sostenido en el gobierno por el *establishment* y los *think-tanks*, el poder anónimo del mercado detrás del poder gubernamental. El mercado, considerado fuerza organizadora de la economía posibilitó el más fenomenal descalabro de la sociedad civil, más fragmentada que nunca y de espaldas a ella misma. Cuando los gobernantes ya no pudieron sostener la complicidad con el saqueo de los ricos, el *establishment* utilizó los medios de comunicación para difundir y acrecentar el más profundo rechazo público a los políticos y a la política en general, sin distinciones partidarias ni ideológicas. Todos, en bloque, eran rechazados. Las clases medias urbanas reclamaban un gobierno barato, que el ajuste tocara al fin a la clase política: la protesta de estos sectores adquirió matices reaccionarios y antidemocráticos.

La acelerada deslegitimización del gobierno, generó la más profunda crisis y desestabilización institucional. Los partidos y los políticos no representaban ni al *establishment* ni a la ciudadanía. Y cuando el vacío de legitimidad se extendió a todas las instituciones, importantes sectores de la ciudadanía salieron a la calle a reclamar un nuevo gobierno. Rompiendo el cerco del Estado de Sitio se ocupó el espacio de la calle. Fue el momento de los saqueos semiespontáneos, de la expansión del gran rumor de las masas del conurbano avanzando sobre los comercios de Buenos Aires, de la imposibilidad de retirar los depósitos en los bancos, de la represión y los más de 30 muertos de diciembre de 2001. Se había iniciado el tiempo del “que se vayan todos”.

## **Segundo momento: “Kirchnerismo” o la autonomía frente al *establishment*.**

La dictadura cívico-militar alimentó el miedo a la subversión para legitimar la represión, la desaparición y la tortura: fue un golpe contra los trabajadores. Durante los ochenta, el presidente Alfonsín enfatizaba la importancia de afianzar la democracia e instalaba el temor al retorno de los militares. Menem, periódicamente reavivaba el fantasma de la hiperinflación para sostener un sistema de paridad cambiario genocida. La crisis institucional de 2001 y el gobierno de transición de Eduardo Duhalde son parte del contexto fundamental a partir del cual Néstor Kirchner desarrollaría una estrategia de poder original.

En un período muy breve, el presidente Néstor Kirchner descabezó a las Fuerzas Armadas pasando a retiro a más de 20 generales del Ejército; encaró la reforma de la Corte Suprema de Justicia de la Nación “adicta” a Menem y la reforma del Consejo de la Magistratura (organismo que selecciona y juzga el accionar de los jueces); transformó los edificios de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) - donde funcionó un centro clandestino de detención y tortura durante la dictadura- en un “Museo de la Memoria”; pidió disculpas a la sociedad en nombre del Estado, por los crímenes de lesa humanidad cometidos durante la dictadura desde el aparato estatal; en el Colegio Militar de la Nación ordenó al Jefe del Ejército descolgar el cuadro de Jorge Rafael Videla; transformó el 24 de marzo en Día de la Memoria y en feriado nacional; declaró inconstitucionales los indultos decretados por Menem que beneficiaron a represores y militares; se anularon las leyes de obediencia debida y punto final dictadas durante el gobierno de Alfonsín; se promovieron los juicios contra los represores. Kirchner rompió la tregua de gobernabilidad y se negó a pactar con el pasado.

¿Anomalía histórica? Durante los primeros cien días de gobierno, Kirchner demostró una gran capacidad operativa para solucionar problemas acuciantes. Mantuvo una disputa de poder con el vicepresidente Daniel Scioli, cercano a Eduardo Duhalde – su antecesor en el cargo– cercenando su voluntad de seguir gobernando en las sombras. Ante las solicitudes desde distintos sectores de reprimir a los desocupados que mantenían la ciudad cortada se sostuvo en la convicción de no usar la violencia como respuesta a la conflictividad social, considerando que las protestas son legítimas en cualquier sociedad democrática y las convocó al diálogo. Lentamente, fue restableciendo la autoridad presidencial, desdibujada durante la presidencia de De la Rúa.

Transcurrido cierto tiempo, se derogó la Ley de Reforma Laboral impulsada por el FMI y el BM durante 2001 y se promovieron las negociaciones salariales; se reestableció el Consejo del Salario Mínimo Vital y Móvil. Luego de arduas negociaciones, se llegó a acordar una quita del 65% en el pago a los acreedores externos. La Argentina canceló su deuda con el FMI. Los indicadores económicos se recuperaron. El desempleo y la subocupación retornaron a cifras de un dígito. La inversión en obras públicas se incrementó: se realizaron obras de infraestructura que buscan redefinir un nuevo perfil productivo del país, integrando regiones y promoviendo las exportaciones. Kirchner buscó recuperar el nivel de consumo del mercado interno, actualizando los salarios y fortaleciendo el mercado de trabajo.

Las políticas de salud (educación sexual y aborto) lo llevaron a un enfrentamiento con la Iglesia Católica. La oposición política lo acusa de hegemónico y autoritario, de concentrar el poder y se horroriza con lo que considera un aumento de la

inseguridad ciudadana con lo que logra aglutinar a los sectores más reaccionarios que pretenden reformar el código penal, endurecer las penas y establecer una lógica de “mano dura” a la delincuencia. Se debate sobre la pena de muerte. El gobierno se manifiesta a favor de los Derechos Humanos y contra la pena de muerte. La oposición a Kirchner surge también en el seno de su propio partido que se manifiesta en desacuerdo con las políticas impulsadas por el presidente.

Esta enumeración rápida de algunos hechos es desde todo punto de vista incompleta y da cuenta de una mirada intencionada. La misma describe algunos procesos todavía en marcha. De todas maneras, ¿qué es lo que ha sucedido en tan corto plazo? ¿Se trata de un nuevo modelo de acumulación capitalista? ¿Acaso se pretende poner en pie un nuevo Estado benefactor? ¿Cómo fue posible esta transformación? ¿Qué expresa el kirchnerismo?

Durante estos años se redefinen las relaciones entre gobierno y grupos de poder, entre gobierno y corporaciones empresariales, entre gobierno y clases trabajadoras organizadas, entre Estado y Fuerzas Armadas, entre Estado e Iglesia, entre el gobierno y los organismos de crédito internacional, entre Estado y Sociedad. ¿Por qué? Porque se recupera la política como práctica de confrontación, de construcción de consensos, de negociación, de lucha por el poder. Néstor Kirchner asume con tan solo un 23%. Los debates mediáticos en torno al significado del voto impugnado, nulo o en blanco eran moneda corriente. En este contexto, su estrategia política fue la de constituir una legitimidad popular, una fuerza social que le permita una reconstrucción de la autoridad presidencial. Su estrategia fue la de una abierta confrontación con los símbolos del poder que priorizaban al mercado sobre la política. Estos dos “bandos” constituyen procesos inseparables en el ascenso y consolidación del “Kirchnerismo”.

### **Una comparación para el debate.**

Si el Menemismo expresó la voluntad desindustrializadora, el Kirchnerismo representa la voluntad contraria. La obsesión del primer proceso era insertar al país en el primer mundo de las finanzas y los organismos de crédito internacional; la clave para el segundo es poner en marcha y sostener en el tiempo una política de industrialización y creación de puestos de trabajo, impulsando las exportaciones, la formación de capital y el incentivo al mercado interno.

Para alcanzar sus objetivos estratégicos el *establishment* pretendía un movimiento obrero sumiso y obediente. Menem hundió a los sindicatos de la producción para pactar con los del sector servicios. Por el contrario, el gobierno de Néstor Kirchner buscó reinsertar a los sindicatos como columna vertebral de apoyo a sus políticas. Si durante los noventa los trabajadores perdieron derechos y libertades, hoy los trabajadores comenzaron a rearticular un poder social efectivo.

Mientras Menem orientó todos sus esfuerzos a satisfacer las demandas de los organismos de crédito internacionales, endeudó al país hasta niveles insospechados y promovió con los Estados Unidos una política de “relaciones carnales”, Néstor Kirchner orientó sus políticas a satisfacer las demandas del mercado interno, incrementar los ingresos de las clases populares, promover la inversión pública en infraestructura, frenar las inversiones especulativas, desendeudar al país y ganar autonomía, acumular reservas y fortalecer el Mercosur y la UNASUR.

Finalmente, si el neoliberalismo desencadenó el malestar, la disconformidad y la

organización de los de abajo, Néstor Kirchner supo, impulsando políticas redistributivas, enfurecer a sectores capitalistas que habían gozado de inmunidad décadas anteriores. Si la violencia más abierta surgió desde abajo durante el “menemismo”, la violencia abierta durante el gobierno de Kirchner provino de las clases más acomodadas (movilizaciones del campo, 8N). Menem desencadenó la lucha de los de abajo contra la miseria y el hambre; Kirchner desencadenó pujas por la apropiación de la riqueza generada socialmente. Si Menem contribuyó a generalizar el descontento, Kirchner buscó revitalizar los mecanismos para canalizar institucionalmente la conflictividad. Si Menem personifica la retirada del Estado y la dilución de la política, Kirchner el regreso del Estado como actor central que busca reparar las desigualdades generadas por el crecimiento económico, protegiendo a los más vulnerados por el sistema y promoviendo políticas efectivas de redistribución de la riqueza.

Estas dos personificaciones históricas representan dos alianzas entre clases que se disputan el comando de la sociedad capitalista. Las estrategias de poder puestas en juego por cada una de las fuerzas sociales y políticas han configurado y reconfigurado a la sociedad argentina en su conjunto.

## Discusiones

Tal como lo hemos afirmado en otra parte, a partir de 2003, Néstor Kirchner rompe la tregua de gobernabilidad sostenida entre las corporaciones empresariales y militares en connivencia con poderosos sectores sindicales y parte importante de la clase política. Las oposiciones al gobierno reifican en Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner los procesos sociales y atacan sus personas: los critican por reabrir el pasado, por confrontar al poder de *lobby* empresarial, por buscar la concentración del poder, por pretender establecer una nueva hegemonía. La sociedad capitalista cómplice de la dictadura –la oposición de derecha– ve en los Kirchner a un “matrimonio presidencial”, una pareja de dictadores que desacreditan la democracia. La sociedad capitalista cómplice del capital financiero internacional se opone sistemáticamente a que el país gane en autonomía frente al *establishment*. Hablan del “kirchnerismo” despreciativamente, considerándolo un “populismo”, un “peronismo montonero”, un “chavismo estatizante”. Inmediatamente declaran su inminente declive y reclaman a la clase política argentina reconocerse en la chilena y en la brasilera (Grondona 2009).

Por su parte, la sociedad argentina está atravesando un rico período de debates públicos y luchas políticas en torno a temas trascendentes como la nueva Ley de Servicios Audiovisuales o sobre políticas con un claro sentido democratizador como la Asignación Universal por Hijo, las luchas económicas en torno a las mayores restricciones para la compra de divisas, la Reforma del Poder Judicial, entre otras. La actualidad política demuestra que las clases poseedoras no están dispuestas a ceder sus privilegios y que pelearan hasta el final en defensa de sus intereses. En este sentido, puede afirmarse que no se ha acabado el tiempo de las luchas democráticas (Lenin xxxx). Profundizar y radicalizar la democracia es una necesidad inminente para encarar las próximas disputas por el poder.

Tanto el “modelo de Kirchner” como la alianza de clases en el gobierno están siendo ampliamente debatidas. Godio caracteriza al modelo como “nacionalista neodesarrollista democrático” (2006); Schorr como un “modelo nacional-industrial” o de “dólar alto” (2007); el mismo Néstor Kirchner considera que se trata de un

“modelo de producción y trabajo”, un “neokeynesianismo sin déficit”, un “modelo de acumulación con inclusión social” (Kirchner y Di Tella 2003). Mientras la izquierda histórica no encuentra más que continuidades con el neoliberalismo y lucha frontalmente contra el gobierno, el campo del progresismo reformista se debate sobre su caracterización (Saavedra *et al* 2009) y considera que el gobierno nacional se ha apropiado de sus propias banderas, con lo cual se han quedado sin programa y sin propuestas. Ya hemos visto lo que piensa la oposición de derecha.

Más allá de las discusiones y las caracterizaciones en debate, no quedan dudas –al menos para quienes suscriben estas palabras– que el momento inaugurado en 2003 es expresión de una voluntad transformadora, de ruptura y superación del pasado inmediato y que solo fortaleciendo un modelo social que contenga y promueva el bienestar de las mayorías se podrán combinar positivamente las luchas democrático-corporativas junto con las socialistas que todavía no asoman. Lo que más entusiasma de los gobiernos Kirchneristas son sus enemigos históricos.

En este sentido, nos parece importante resaltar que uno de los desafíos más importantes estriba en poder prever bajo qué contextos o coyunturas el neoliberalismo se vuelve una estrategia de dominación factible. ¿Bajo que condiciones la estrategia de dominación del neoliberalismo puede ser recreada? ¿Quién puede o podrá en un futuro inmediato dar vida, personificar, encarnar el ideario neoliberal de dominación?

Está claro que la oposición de derecha al kirchnerismo aún no encuentra la fórmula política que cristalice en un programa factible de ser aplicado bajo sus lineamientos ideológicos. Por otro lado, la oposición de izquierda no logra tampoco traducir un programa de alternativa posible y deseable para los sectores populares, en la construcción del socialismo.

La política vuelve a entrar en escena y con ella la lucha y la confrontación para definir nuevas territorialidades, nuevos horizontes. Contextos de mayores niveles de conflicto impulsarán a las distintas fracciones de clase junto con sus expresiones políticas a seguir transformándose. Sigue siendo fundamental el análisis de cómo dichos contextos abonarán a alternativas liberales o bien de profundización de la redistribución de la riqueza. Para esto es indispensable abordar el análisis del desarrollo de la crisis internacional y su correlato en la región y el país.

## Bibliografía

- ANDERSON, P. (2001) "Neoliberalismo: balance provisorio" en: SADER, E. y GENTILI, P. *Comp.*(2001) *La trama del neoliberalismo*. Buenos Aires: EUDEBA.
- BASUALDO, E. (2001) *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*. Buenos Aires: UN de Quilmes.
- BASUALDO, E. y AZPIAZU, D. (2002) *El proceso de privatización en la Argentina*. Buenos Aires: La Página.
- BORON, A. (2001) "La sociedad civil después del diluvio neoliberal" en: SADER, E. y GENTILI, P. *Comp.*(2001) *La trama del neoliberalismo*. Buenos Aires: EUDEBA.
- FRANCO, M. y LEVÍN, F. (2007) *Historia reciente: perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- GODIO, J. (2006) *El tiempo de Kirchner. El devenir de una revolución desde arriba*. Buenos Aires: Letragrifa.
- GRONDONA, M. (2009) *El poskirchnerismo: la política de las nuevas generaciones*. Buenos Aires: Sudamericana.
- KIRCHNER, N. y DI TELLA, T. (2003) *Después del derrumbe*. Buenos Aires: Galerna.
- LENIN, V.I. (1974) "Dos Tácticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática" en: *Obras Escogidas*, Tomo II. Buenos Aires: Cartago.
- MARIN, J. C. (2001) "La república fraudulenta", en: *Locas*, N° 3, junio-julio de 2001, pp. 6-10, Buenos Aires.
- NUN, J. (2000) *Democracia ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- SAAVEDRA, I. *et al* (2009) *Progres*. Buenos Aires: Tiempo Beta.
- SADER, E. y GENTILI, P. *Comp.*(2001) *La trama del neoliberalismo*. Buenos Aires: EUDEBA.
- SCHORR, M. (2007) "Argentina: la industria que el neoliberalismo nos legó" en: FORCINITO, K. y BASUALDO, V. *Coord.* (2007) *Transformaciones recientes en la economía argentina*. Buenos Aires: Prometeo.
- SVAMPA, M. (2005) *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.